a los que dió el espaldarazo con su pluma, más dada a la benevolencia que a esas artes no muy claras ni nobles de herir y causar resentimientos. Porque don Alejandro fué caballero de los mejores en todo momento y a través de las más variadas circunstancias.

Cuando la noble cabeza blanqueada por los años se ha inclinado en busca de la tierra y su espíritu libre ya de ataduras ha volado al Paraíso, pensamos, reverentes, en el educador y en el amigo a quien los años nunca lograron maltratar ni alejar de la juventud que vió siempre en él al Maestro.

"La Tribuna", 22 de mayo de 1945.

La hora de la serenidad

Por Corina Rodríguez

Los países que no honran a sus valores representativos en la proporción en que lo merecen, son países de los cuales todavía no puede esperarse mucho.

Para que la humanidad avance son necesarios los hombres símbolos. Sin ellos, sin su ejemplo, sin sus normas, la posición de un país es estática. Los pueblos se ponen en marcha cuando un guía les da una orientación y cuando se inspiran en las obras de un gran hombre.

Costa Rica le debe mucho, en su aspecto democrático, a don Alejandro Alvarado Quirós.

Representaba la Francia Libre, la cultura refinada de su época y el ideal de fraternidad pregonado por los derechos del hombre.

Don Alejandro Alvarado Quirós debía haber muerto ejerciendo la Rectoría de la Universidad. Ahora se le harán homenajes póstumos, pero los últimos días de su vida estuvieron amargados por la pérdida de una Rectoría que él tenía muy bien ganada, por sus méritos, por su vastísima cultura y por su sentimiento republicano manifestado en todas sus actuaciones.

No asistí a sus funerales, pero ví desfilar hacia el cementerio algunos de los que fueron a expiar sus intrigas en la Universidad, acompañando el féretro hasta el camposanto.

El claustro en pleno, vestido de negro, debería haber hecho acto de presencia: pero muchos de los profesores no fueron informados del infausto acontecimiento y por eso no asistieron.

Los homenajes póstumos deben existir, porque el país que no sabe honrar a sus grandes hombres, es un país desgraciado; pero más importantes que los homenajes después de la muerte son las manifestaciones de justicia de que deben ser objeto los hombres mientras vivan.

El sector liberal, demócrata, idealista, amante de las letras y de las artes, está de duelo, porque Costa Rica ha perdido uno de los más grandes baluartes de la cultura.

Los que urdieron en la sombra las intrigas nefastas que lo derrotaron en la elección que se llevó a cabo en aquellos días en que la política, como una vil intrusa, se metió a la Universidad, deben haber sentido hoy un escozor en la conciencia.

Ahora ya nada puede turbar su augusta serenidad, ahora pertenece a la eternidad con la cual pueden compararse la inmensidad de sus anhelos y las proporciones de su ansia de fraternidad.

"La Tribuna", 22 de mayo de 1945.

La batalla de San Bartolomé

Por Salvador Calderón Ramírez

Las batallas de San Pedro Perulapán, Gualcho y otras más, ganadas por el General Morazán, y que nos narran con cálido ardor los historiógrafos centroamericanos, fueron funciones de armas de poca monta, comparadas con la originalísima pugna sostenida a orillas del lago de Managua, el 24 de agosto—día de San Bartolomé—dos años después de la declaratoria de nuestra independencia. Podrán haber jugado gran papel en las jornadas del paladín unionista la estrategia y el valor, pues fueron, indudablemente, hábiles combinaciones tácticas que pusieron de relieve sus cualidades para dirigir operaciones militares y sus arrestos heroicos, pero asi y todo, tiene matices geniales, insuperables, la batalla de San Bartolomé, realizada por un ordenado y ungido presbítero, signado con el óleo santo.

En la citada fecha, liberales y serviles andaban a la greña. Estos—a quienes llamaban también chapiollos—tenían una junta de Gobierno, rival de otra domiciliada en León El coronel Cleto Ordóñez, protector de la última, encontrábase sitiado en Granada por el comandante general Crisanto Sacasa.

El hombre de pensamiento y de acción que daba vigor y fortaleza a la junta de Managua era el padre Policarpo Irigoyen cura de dicha villa, persona de mucha enjundia y acierto. Su bondad se manifestaba en actos de altruísmo constante y su bolsillo estaba siempre abierto para aliviar las necesidades de sus feligreses. Vivía entonces en la Casa de Alto, lugar donde hoy día está situado el reconstruído Palacio Nacional.

Acababa de regresar de la iglesia y después de tomar su desayuno, paseábase como de costumbre a lo largo del amplio corredor del casón que le servía de albergue. De pronto apareció Manuel Silva, su secretario, hombre de toda su confianza, y díjole:—Reverendísimo padre: ha llegado un correo de León y trae esta carta urgente del presbítero Gaitán.

Púsose las gafas y leyó ansioso la misiva. Notábase que algo grave contenía el escrito, porque la frente del religioso se contrajo, mostrando intensa emoción. Logró dominar sus impresiones y ya sereno, dijo a su compañero y confidente: